

CARL VON CLAUSEWITZ

(TEORICO DE LA ESTRATEGIA - 1780 - 1831)

JUAN DE ZAVALA

Forjadores del Mundo Contemporáneo

Tomo I - Editorial Planeta, S. A.

Barcelona, 1974

Entre los tratadistas militares del siglo XIX, aparece, con especial relieve, la figura interesantísima de este general prusiano, cuya obra escrita sigue siendo considerada todavía no sólo por los que piensan, escriben y actúan en la milicia, sino también por aquellos que, en algún modo, se cuidan del fenómeno bélico en toda su extensión.

Las guerras, después de la Revolución francesa, sufrieron una honda transformación. Se modificó, en primer lugar, la raíz sociológica de los conflictos bélicos. Los ejércitos son, desde entonces, pueblos en armas; se componen de voluntarios por el ideal o de reclutas procedentes de diversos tipos de levás. Las grandes unidades de esos ejércitos van movidas por un espíritu distinto al que movía a los hombres de armas del siglo XVIII. Predomina ahora la avidez de encontrar al adversario para destruirlo. De ahí los nuevos

órdenes operativos y tácticos que se manifiestan en las campañas napoleónicas y que sólo hallan réplica adecuada en España y en Rusia.

Con el hundimiento del "antiguo régimen", ha desaparecido un sistema en que la política y el arte militar se combinaban estrechamente en tipo de guerra limitada, ennoblecida, en cuyas jugadas, siempre sobre el tablero de un campo de batalla concreto, cabía, en cierto modo, lo científico. Una guerra en cuyas operaciones imperaban armonías matemáticas y morales. Una estrategia sencilla que buscaba la victoria como camino para una paz auténtica, definitiva, sin reservas. Unas operaciones en que, aun a costa de complicados movimientos, se buscaba ahorrar combates, evitar batallas.

La Revolución francesa nos lleva desde el terror armado de la subversión a una guerra sin medida, sin límites, en la que muy difícilmente se van a

poder dar reglas que tengan fundamento moral, y menos aún decisiones que se revistan de responsabilidad científica.

Los pensadores militares han de sacar consecuencias de estas transformaciones. Uno de ellos, Clausewitz, que luchó contra Napoleón, recogió inteligentemente las enseñanzas de las campañas en que tomó parte. Su afán fue reflexionar sobre la guerra, en aquel momento, y codificar, en lo posible, el fruto de sus experiencias.

Clausewitz resalta hoy como una de las más gloriosas figuras de Prusia. Si el triunvirato de guerra prusiano está constituido para muchos por el general conde Schlieffen, por Federico II el Grande y por el feldmariscal conde de Moltke, en buena ley debe colocarse en el centro de ellos a este otro militar, de profunda vocación, que llegó al generalato después de una brillante carrera en la que se distinguió por su talento, su espíritu de trabajo y su capacidad intelectual, puesta a prueba en tiempos de paz y en campaña, al mando de unidades de Infantería y en funciones de Estado Mayor.

Se le puede tener como el más profundo pensador militar del siglo XIX, siendo con su contemporáneo, el suizo Jomini, uno de los más directos e importantes intérpretes de Napoleón. Como tal, se le puede considerar tratadista ya clásico, que hoy no puede ser silenciado en ninguna Literatura militar ni desconocido en ningún centro de estudios o de enseñanza de la milicia.

Meticuloso investigador, sistemático, constructivo, organizador práctico en todas sus actividades y especulaciones. Analista de la guerra, de sus fines y de sus medios. Espíritu absoluto, no sólo estudió cuestiones militares, sino que se extendió a la consideración de los métodos científicos y principios teóricos de la acción en general.

Sus obras se han traducido a los más importantes idiomas y se le considera el educador de la generación militar a que debió Prusia sus triunfos de 1866 y 1870-71 y el tratadista más influyente en el posterior pensamiento militar alemán y, por tanto, mundial.

¿Pero quién era este Clausewitz?

Carl von Clausewitz, pertenecía a una hidalga familia, originaria de Polonia. Nació en Burg, cerca de Magdeburgo, el 1 de junio de 1780 y murió en Breslau el 16 de noviembre de 1831.

Nieto de un virtuoso profesor de Teología e hijo de un militar convertido en recaudador de contribuciones al perder el brazo derecho en el sitio de Kolberg, en la Guerra de los Siete Años, Carlos, con una base de Latín y Humanidades que le proporcionó un buen capellán militar, también mutilado, ingresa como cadete en el Regimiento de Infantería Príncipe Fernando, a la edad de doce años.

Su carrera es muy rápida. Toma parte en la campaña del Rin en 1793 y, ante Maguncia, es ascendido a oficial. Sólo tiene trece años; pero ya demuestra un firme carácter que, acompañado de su porte distinguido,

compensa los inconvenientes de su edad y débil constitución.

Se distingue por su clara inteligencia y celo. Pasa por la Escuela de Guerra de Berlín entre 1801 y 1803 y de allí es nombrado ayudante del príncipe Augusto Guillermo. Le ha recomendado para este puesto de honor el coronel director, Scharnhorst, en una carta que, entre otras cosas, dice: "Se distingue de manera extraordinaria por su gran capacidad, juicio, aplicación y conocimientos. Los trabajos del teniente Clausewitz se caracterizan por un raro y acertado juicio de todo y por una presentación sencilla y agradable. Además, posee sólidos conocimientos de Matemáticas y Ciencias Militares".

En la Corte conoce y se enamora de María Brühl, con la que sostiene relaciones. Como muestra del tono en que se amaron, tomamos al azar, de una de las cartas de los años de separación, las siguientes palabras, escritas pocos días antes de la batallas de Jena y Austerlitz, a las que asistió Carlos: "Pasado mañana o el otro, se librará la gran batalla que ansía refirir el ejército todo. Me alegra ese día, como me alegraría el día de mi boda, que tan feliz ha de hacerme, el bendecir la unión de su mano con la mía, en que llevo tu anillo. Adiós, mi querida María; nunca me sentí tan cerca de ti como en este momento, y jamás tan digno de ti. Adiós, hasta que nos veamos de nuevo, felizmente, en esta vida o en la otra. Eternamente tuyo. Carlos".

Siendo capitán es hecho prisionero junto con el Príncipe, que queda heri-

do, en la batalla de Aüestad, el 14 de octubre de 1806, y están nueve meses en poder de los franceses. Prosigue, una vez liberado, su vida de creciente prestigio profesional. Pasa por el Ministerio de la Guerra, que lleva Scharnhorst, ya general y de allí va a la Escuela de Guerra como profesor, al mismo tiempo que se hace cargo de la educación del Príncipe heredero, que después será Federico Guillermo IV.

Cuando Prusia se ve en el trance de tener que colaborar militarmente con Napoleón, el comandante Clausewitz, junto con otros veinte jefes y oficiales del Ejército prusiano, a los que parece deshonrosa tal colaboración o alianza, se pasan al Ejército ruso, en febrero de 1812. Clausewitz, que es ascendido a teniente coronel del Ejército del Zar, forma parte de varios Estados Mayores e interviene en varias operaciones y batallas, entre ellas la de Borodino, mereciendo por su comportamiento que el Zar le condecere y obsequie con el regalo personal de un sable de honor. Posteriormente es herido en Gross-Gorschen. En febrero de 1814, combate como coronel en la Legión alemana del Cuerpo ruso-germano, que manda el general Wallmoden, que le nombra su jefe de Estado Mayor. Reingresado por fin, poco después, cual era su aspiración, en el Ejército prusiano, cuando ya Prusia hace su guerra de liberación, continúa en la campaña de 1815 como jefe de Estado Mayor del Tercer Cuerpo, que manda Thieleman.

Terminada la lucha se dedica a recoger por escrito sus impresiones y reflexiones sobre las campañas y, al



Carl Von Clausewitz.

ascender a general, se le confía la dirección de la Escuela de Guerra de Berlín. Desde 1816 a 1830, ayudado por su esposa, va ordenando sus ideas y preparando sus magistrales obras, en las que maneja la Historia, la política y la estrategia. Varias veces intenta dar forma definitiva a sus escritos; pero destinado a una inspección de Artillería, tiene que trasladarse a Breslau. No puede continuar sus estudios. Arregla sus papeles, lacra y sella los paquetes que los contienen. Antes, su esposa le insistió en que debía dar a la imprenta sus obras; pero él se opone, alegando que no está terminada. "Tú la editarás", dice a María, como indicando que las recibe en legado. Y es que ha sentido, poco a poco, írsele recrudesciendo dolencias, manifestadas en su juventud que en los últimos años eran ya verdaderos achaques.

En diciembre de 1830, acompañando como jefe de su Estado Mayor, al feldmariscal conde de Gneisenau, que manda el ejército de observación de la frontera polaca, se traslada a Posen, y allí el mariscal es víctima de la epidemia de cólera, que se extiende por la región. La muerte de su jefe y amigo impresiona a Clausewitz tan profundamente que su salud decae con rapidez y la misma enfermedad prende en él. Trasladado a Breslau, muere el 16 de noviembre de 1831, a los cincuenta y un años, junto a su fiel esposa.

Carlos de Clausewitz fue enterrado en el cementerio militar de la ciudad, donde en 1906 se le erigió un hermoso monumento, que inauguró el Emperador en persona.

Su esposa se hizo cargo de todos aquellos paquetes y publicó las obras entre 1832 y 1837, en diez tomos. En el prólogo que el 30 de junio de 1832 firmó para ellas, figuran las siguientes palabras que pueden servir como colofón a esta breve semblanza:

"Muy feliz fui unida a tal hombre durante veintiún años; pero me consuela de tan irreparable pérdida el tesoro de mis recuerdos y esperanzas, el rico legado de afectos y amistades que debo al difunto y el relevante sentimiento de ver su mérito excepcional tan honrosa y generalmente reconocido".

Es indudable que Clausewitz ha pasado a la historia más por su obra escrita que por sus hechos de armas, con no ser éstos insignificantes ni mucho menos. La razón de esta supervivencia es que, a través de ella, recoge la experiencia directa de sus observaciones en varias campañas y de su trato con destacadas personalidades militares y de sus propias reflexiones y ordenamientos, apareciendo en todo ello una teoría y doctrina propia, que formó escuela o, por lo menos, contribuyó en gran parte a la que se llamó "Escuela Prusiana" y, por algunos, quizá con intención crítica "Escuela de sangre y fuego", fundamento de la posterior "Escuela militar alemana".

Entre sus obras se encuentran varios estudios históricos sobre las campañas de 1796, 1799, 1806, 1813, 1814 y 1815 y varios trabajos de tipo memoria o informe; pero la cumbre de todas ellas es el tratado "De la guerra", que ha sido traducido a todos los idiomas im-

portantes, la que le da más nombre y la que más se ha discutido.

En este trabajo, Clausewitz trata de condensar sus ideas sobre la teoría y práctica de la guerra, apoyándose en la esencia y circunstancias generales del fenómeno bélico. Lo construyó muy despacio, con la pretensión de poder ofrecer en su día algo que estuviera lo menos posible expuesto a las mudanzas del tiempo y que sirviera a las generaciones siguientes como fuente de estudio y de reflexión sobre las posibles guerras venideras.

Hacer una síntesis crítica de la obra de Clausewitz es hoy una de las tareas más difíciles y de una gran responsabilidad. El mismo puede, sin embargo, ayudarnos mediante aquella nota escrita en 1827 que dejó entre sus papeles y que dice así:

"Si me interrumpiera en este trabajo una muerte inesperada no podría llamarse a lo escrito más que una informe masa de ideas, las que, expuestas a incesantes malas interpretaciones darán origen a cantidad de críticas sin madurar...".

Aunque murió cuatro años más tarde, poco pudo hacer en ese tiempo que sirviera para anular el valor de la leal advertencia.

Algo podemos decir, por lo menos, sobre las ideas contenidas en su obra más importante, que ya advertimos es "De la guerra". En aquella quedan muchos puntos dudosos sin aclaración. El manuscrito es poco más que un borrador, si hacemos caso al mismo autor, y por eso resulta un texto claro a veces. Clausewitz reconoce que los

lectores "quizás encuentren oscuridad en algunos pasajes".

En su conjunto no puede calificarse de obra perfecta por esas razones. Pero, además, ha estado sujeta a desvirtuaciones editoriales y de traducción, y muchos de sus fragmentos han ido perdiendo valor a medida que pasa el tiempo, particularmente los que se refieren a cuestiones tácticas, de organización, etc.

Sin exagerar, puede decirse que es obra más citada que leída y que se ha abusado de su texto para extraer máximas y postulados, que el autor no pretendió seguramente redactar con carácter definitivo ni absoluto, y que muchas veces, citados aisladamente, no están de acuerdo con el contexto.

Es una obra voluminosa. La introducción de María de Clausewitz hace su historia y se sabe que en la revisión póstuma intervinieron varias personas, entre ellas el general conde de Brühl, cuñado del autor, quien más tarde, en la segunda edición (1853), adulteró el texto original en varios párrafos, según afirma el Dr. Halbweg, quien dirigió la decimosexta edición alemana (Bonn, 1952).

Para dar idea general del contenido de esta obra, indicaremos el título de cada uno de los ocho libros de que consta: I. Sobre la naturaleza de la guerra; II. Sobre la teoría de la guerra; III. Sobre estrategia general; IV. Sobre el combate; V. De las fuerzas armadas. VI. De la defensa; VII. De la ofensiva. VIII. Plan de guerra.

Las tesis más importantes del autor las ha resumido muy acertadamente el

General Ratenbach, en seis puntos, que son:

1º — La guerra es una continuación de la política por otros medios.

2º — Es un acto de violencia (y no un procedimiento benigno para desarmar al enemigo).

3º — Su fin (político) supremo es imponer al enemigo nuestra voluntad.

4º — Para ello hay que dejarlo indefenso.

5º — Esto se obtiene del mejor modo aniquilando sus fuerzas o dejándolas en situación tal que no puedan continuar la lucha (bien sentado que no es el modo único).

6º — El aniquilamiento de las fuerzas se obtiene solamente por la lucha, es decir, buscando la batalla.

Naturalmente, de la formulación tan escueta de las ideas de Clausewitz no se puede deducir el alcance de su pensamiento. Sería necesario algún comentario que las explicara. Por ejemplo, la primera de las tesis encierra una relación entre la guerra y la política. El autor creía, en efecto, que esta última tiene una supremacía sobre cualquier género de acción en particular y desde luego sobre la militar; es decir, sobre el empleo de las fuerzas armadas. Ello supone aparentemente una subordinación del punto de vista militar respecto del punto de vista político, lo que no ha querido afirmar Clausewitz, que sostiene cómo el general tiene que ser independiente de las acciones políticas y cree que además debe estar dispuesto a influir en ellas, ya que la realidad de los factores y hechos militares tienen exigencias que

el político no sólo ha de respetar, sino tener en cuenta para sus decisiones. La Historia lo ha demostrado así. Todos los países, regímenes y sistemas —sin excluir las democracias actuales— han tenido que reconocer el valor de las exigencias militares en más de una ocasión.

Otra de las ideas discutibles de Clausewitz está contenida en la segunda tesis. Efectivamente, al ser el combate el elemento característico de la guerra, hay que desarrollar sus acciones con la máxima violencia para llegar al aniquilamiento. Pero ello no quiere decir, como algunos han interpretado, que se olvide o desprecie la intervención de la inteligencia; al contrario, gracias a ella puede llegarse a la paralización y a la rendición del adversario con el menor desgaste. Pero la guerra es un sacrificio cruento que debe hacerse con toda la energía y violencia posibles para que el enemigo no pueda adelantársenos y cortarnos los brazos.

Muchos críticos han querido hacer responsable a Clausewitz de las ideas predominantes en los conceptos de guerra moderna, de acción sobre la retaguardia, bombardeos en masa, represalias ciegas, etc. Mas algunos de ellos, como el inglés Fuller, han salido en su defensa, alegando que los hombres de Estado que han leído poco a Clausewitz no han distinguido entre los conceptos de "medios militares" y de "fines políticos", que están bien diferenciados en su obra, en la que queda bien claro que, si para los primeros es recomendable efectivamente la violencia, para los segundos convie-

ne el predominio de la moderación. Precisamente en eso se funda Fuller para oponer la "guerra clausewitziana", a la que llama "guerra churchiliana", que es la que destruye ciegamente al adversario, sin finalidad militar concreta.

Lo más interesante es que Clausewitz al filosofar muy influido por los conceptos y sistemas de su tiempo sobre el problema de la guerra como fenómeno social, llegó a considerarla en absoluto, desde un punto de vista abstracto, para establecer una teoría de aplicación general.

Señalemos entre las ideas clausewitzianas su distinción de dos tipos de guerras: la que busca imposición de la voluntad al adversario por medios violentos, incluso aniquilándole, y la que sólo pretende arrebatarle algún trozo de territorio, generalmente inmediato a las fronteras, para utilizarlo después como prenda en un tratado o convenio ventajoso. Viene esto a coincidir en cierto modo con los conceptos actuales de "guerra total" y "guerra limitada".

Otras ideas son aún más discutibles, como por ejemplo su repulsión a lo científico, que él, muy de su siglo, identifica con lo matemático, al mismo tiempo que reduce lo matemático a lo exacto y absoluto. Así reacciona contra los conceptos del siglo XVIII, a cuyas guerras acusa de poco reales, muy refinadas, poco violentas, regidas por una especie de "álgebra de la acción". Para Clausewitz, la parte científica de la guerra, la que puede ser medida, racionalizada, tiene un valor

secundario. Las acciones guerreras están regidas por la incertidumbre, predomina en ellas el riesgo, la casualidad. Estas ideas son seguramente las que le han valido las críticas más firmes por los tratadistas modernos, pues en la actualidad se extiende la convicción de que el estudio de la guerra debe elevarse por encima del de los combates y de que en las decisiones estratégicas deben tenerse en cuenta los modernos procedimientos y métodos de la Matemática probabilística, teorías de los juegos y de la decisión, investigación operativa, etc. Particularmente los tratadistas militares soviéticos, que sólo admiten sucesos casuales cuando fallan la previsión y las predicciones, generalmente, por deficiencias humanas, han impugnado estas ideas de Clausewitz.

Clausewitz pretendió distinguirse de otros tratadistas militares anteriores, dando a sus conceptos una elasticidad que los hiciera parecer poco dogmáticos; mas para ello no pudo desprenderse de cierta prosopopeya y de un lenguaje que fue tachado de demasiado "metafísico" por sus primeros comentaristas entre ellos su contemporáneo Jomini, que se atrevió a decir de él que tenía una "pluma inmoderada y arrogante".

Uno de los más enérgicos fustigadores de las ideas clausewitzianas es el inglés Liddel Hart, panegirista de la "estrategia de la aproximación indirecta", quien censura a Clausewitz su "estrategia de sistema único", que, si sirvió para las victorias prusianas no es útil en la guerra en general y me-

nos en las modernas, y que tiene su origen seguramente en su desprecio por los teóricos del siglo XVIII que —señala Liddel Hart— daban más importancia a la habilidad y al refinamiento que a la fuerza bruta, y que preferían las “estocadas” a los “golpes de maza”.

Entre los americanos, R. M. Johnston señala precisamente la decadencia de las ideas de Clausewitz, por la vuelta actualmente a una especie de pequeños ejércitos del tipo de los del siglo XVIII, muy bien instruidos en el manejo de las nuevas armas y en los nuevos procedimientos.

La obra de Clausewitz ha tenido, como se ve, una influencia enorme, y no sólo en el pensamiento militar. Sus principios aplicables a cualquier actividad humana en que haya lucha, competencia o doble acción, se han extendido a muchos ambientes y prendido en muchas figuras que pudiéramos llamar dirigentes o caudillos civiles o incluso agitadores, como Engels, Hitler, Lenin, etc.

Los franceses tuvieron siempre en cuenta sus ideas, para seguirlas o criticarlas; pero no las despreciaron, salvo el general Camon, que creía tenía poquísima aplicación en la guerra moderna. El mariscal Foch, en su libro “Los principios de la guerra”, lo cita continuamente.

Los anglosajones apenas le dieron importancia hasta después de la segunda guerra mundial, si bien era conocido. Eisenhower confiesa que no había leído nunca a Clausewitz. No así el general Marshall, que lo cita varias

veces en sus informes sobre la guerra. Particularmente en los Estados Unidos, hay cada día más interés por Clausewitz. En la doctrina de guerra norteamericana se señala que el objetivo final de las operaciones militares es la destrucción en la batalla de las fuerzas armadas del enemigo. En la Universidad de Columbia, en el Instituto de Estudios Superiores, se recomienda su obra como el único estudio verdaderamente filosófico sobre la guerra.

En la URSS, Lenin y Stalin han sostenido que la tesis de que la guerra no es sino la continuación de la política por otros medios, es tesis marxista, desbordada incluso por la de que no hay, en realidad, distinción entre guerra y política, ya que tampoco la hay entre guerra y paz, por ser la política un conflicto permanente. Engels había hecho amplios comentarios a Clausewitz y Lenin consideraba “De la guerra” una de sus obras preferidas, que leía y anotaba.

El mariscal Svavposvnikov consideró muy detenidamente las ideas de Clausewitz, expresando su admiración y respeto por él en su obra “El cerebro de los ejércitos”, dos de cuyos tres volúmenes empiezan precisamente con citas del que llama “gran filósofo de la guerra”.

Puede ser que la influencia de sus ideas experimentara un decrecimiento como consecuencia de los movimientos pacifistas de la Europa, que siguió a la primera guerra mundial; pero hacia el año 1928 se inició un renacimiento y después de las guerras recientes, especialmente de la segunda mundial,

se han confirmado los teorías de Clausewitz, que algunos tratadistas querían ir dejando arrinconadas.

Ciertamente las nuevas armas, en modo particular los ingenios balísticos y las cargas nucleares, crean unas circunstancias muy especiales que Clausewitz no había podido prever y en las que sus ideas van a tener difícil aplicación.

Hay quien cree que con estos nuevos medios, la guerra no podrá ser ese desarrollo de la violencia extrema e ilimitada que preconizó Clausewitz, ya que, saliéndose su empleo de los limitados campos de batalla, convierten a todo el mundo en "teatro de la guerra" y pueden acarrear el fin de la humanidad o, por lo menos, victorias inútiles al bando que consiga vencer y sobrevivir a su adversario, cuya destrucción ha costado la devastación de medio mundo y el aplastamiento del otro medio.

Pero hay otros que creen que estas armas terroríficas darán motivo a un "equilibrio atómico", dentro del cual se librarán batallas con armas convencionales, fases de guerras limitadas en las que tendrá aplicación la otra parte de la doctrina de Clausewitz: la de la continuación de la política por otros medios.

De todas maneras, esta crisis viene precedida de la polémica conocidísima

entre los que siguen a Clausewitz y los que le rechazan; particularmente, entre los partidarios de la guerra absoluta, directa y sin límites, generalmente sustentadores de la llamada "estrategia continental" y los que propugnan una "estrategia de la aproximación indirecta" a lo Liddel Hart, en modo especial las potencias marítimas y particularmente los anglosajones, aunque hay que advertir que, si el pensamiento de Clausewitz se dirigió principalmente al tipo de guerra terrestre, se evidencia que sus ideas y métodos tienen aplicación lo mismo a la guerra en el mar que a la guerra aérea. Marinos y aviadores lo citan con frecuencia y su obra principal, "De la guerra", ha merecido en sus traducciones y ediciones, atención particular de los primeros.

En resumen, puede afirmarse que las ideas de Clausewitz no han perdido vigor. Hay cuestiones bélicas que no tienen por qué evolucionar con la variación constante de los medios, por lo menos con la frecuencia con que varían las cuestiones particularmente tácticas y de organización. Por eso, descartando los capítulos de su obra, que tratan de estos aspectos, quedan otros que perdurarán, como aquellos en que se filosofa más sobre la esencia y naturaleza de la guerra, la acción en general, o se consideran los factores morales.